

San Agustín y los donatistas

Benjamín Clariond Domene

Licenciado en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum (Roma)

Las herejías que invadieron el norte de África durante los siglos IV y V contribuyeron de modo decisivo a la consolidación de la doctrina de san Agustín. El obispo de Hipona, para defender la pureza de la fe, se enfrentó principalmente a maniqueos, donatistas y pelagianos. Pero fue precisamente en las disputas con los segundos en donde encontramos los desarrollos eclesiológicos más originales.

La crisis donatista estalla cuando Ceciliano es nombrado obispo de Cartago. Su elección es contestada por el grupo del obispo Mayorino y luego por Donato, pues afirman que fue ordenado por un *traditor*, nombre que se daba al sacerdote o al simple fiel que había entregado los libros sagrados a los paganos durante la persecución. Sin embargo, este hecho fue sólo la gota que derramó el vaso.

El problema era más profundo y giraba más bien en torno a un concepto erróneo de la Iglesia que estaba difundido en África. Éste, como suele suceder con la mayor parte de las tesis eclesiológicas, se había transvasado a la teología y praxis sacramentales.

En este artículo analizaremos algunos elementos de la eclesiología y de la teología sacramental de los donatistas, tomando como punto de referencia privilegiado los escritos y discursos que san Agustín pronunció para combatir este cisma - herejía. No pretendemos ser exhaustivos pues un análisis pormenorizado de la doctrina donatista y del cómo fue combatida tanto por Agustín como por otros obispos católicos, entre los que destaca Optato de Milievi, desbordaría las dimensiones del presente escrito.

I. Rasgos principales de la eclesiología donatista

1. La relación Iglesia – bautismo – salvación.

Debemos partir de la tradición común que hay entre católicos y donatistas para poder analizar después sus diferencias. Para ambos, siguiendo la lógica paulina, hay una relación estrecha entre la salvación, el bautismo

y la Iglesia. “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos.” (Ef. 4, 4-6) Para los seguidores de Donato, así como para los representantes de la fe católica ortodoxa, la Iglesia es el lugar exclusivo de la presencia de Dios y de la salvación.

Sin embargo, los donatistas y los católicos difieren grandemente en la comprensión de esta relación. Los primeros conciben la Iglesia como un enclave único, separado completamente del mundo, refugio de pureza y santidad en medio de un mundo de pecado. En él, y solo en él, surge la salvación¹. Para afirmar esta visión de la Iglesia, los donatistas se apoyaban en un versículo del Cantar de los Cantares que san Cipriano ya había comentado en el pasado: “Huerto eres cerrado, / hermana mía, novia, / huerto cerrado, / fuente sellada.” (Cant. 4,12) En un escrito de autor incierto contra Fulgencio, obispo donatista, se recoge la interpretación que éste da a este texto:

Dijiste que hay un solo bautismo que el samaritano, es decir, el herético, no meritó tener; (dijiste) que hay un solo huerto, que es la Iglesia que tiene una fuente sellada de la que ningún extraño toma².

Según esto, fuera de la Iglesia no existen ni Espíritu Santo, ni salvación, ni bautismo. Además, para los donatistas, la Iglesia, vista bajo la imagen del huerto y de la fuente, cobrará un esquema demasiado corporal y espacial. Dado que según este esquema no puede haber distancia ni distinción entre la acción del Espíritu Santo y el sacramento corporal, los donatistas enseñan que no se puede acceder a la salvación salvo que de hecho el fiel forme parte de la Iglesia de Cristo. Y esta pertenencia a la Iglesia debe ser material o jurídica, por lo que sería imposible un bautismo de deseo: el Espíritu Santo sólo actúa en el cuerpo visible de la Iglesia verdadera.

San Agustín, sostendrá, contra los donatistas que, el Espíritu Santo puede actuar aun sin el ministerio de los hombres, poniendo como ejemplo el del centurión Cornelio:

“Fue Pedro a casa del centurión Cornelio, hombre incircunciso y gentil. Comienza su predicación dándole a conocer a Jesucristo a él y a todos los que estaban con él. Todavía estaba Pedro hablando cuando descendió el Espíritu

¹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Réplica contra Cresconio gramático donatista*. 1,34, 40. (en adelante citado como *c.Cresc.*)

² *Contra Fulgentium Donatista*, PL 43, 763.

Santo y se llenó de él Cornelio y sus acompañantes. [...] Aún no lo había bautizado, pues [...] los que estaban con Pedro dudaban si debías ser bautizados los incircuncisos [...]. Este sublime testimonio fue como una voz dirigida a Pedro diciéndole ‘¿Por qué dudas del agua? Yo ya estoy aquí’³.

No obstante esto Agustín sostendrá también que quien busque al Espíritu Santo deberá hacerlo dentro de la Iglesia de Cristo⁴. La diferencia entre los donatistas y Agustín radica en la concepción que ambos tienen de lo que es la Iglesia.

2. Una Iglesia santa y de santos

La Iglesia de Cristo, para los donatistas, es una comunión santa, y se afirma tal resistiendo al mundo, guardando la fe, incluso sufriendo el martirio. Existía entre la mayoría de los grupos donatistas lo que podríamos llamar una «mística del martirio», por la que éste sería buscado a toda costa, llegando incluso al suicidio entre los grupos más fanáticos que llegaban a formar grupos de guerrilleros, algunos capitaneados por obispos donatistas para atacar o intimidar a los católicos.

Según consta en el escrito de Agustín elaborado con ocasión de la conclusión de la conferencia con los donatistas en junio del año 411⁵, los donatistas afirman que la Iglesia verdadera tendría como característica esencial el sufrir persecución. Aseguran que hay una relación intrínseca entre el martirio y la acción del Espíritu Santo. Siguiendo esta lógica, los donatistas sacarán partido de la persecución autorizada por el emperador para acabar con la herejía donatista para legitimarse como la verdadera Iglesia de Cristo, utilizando, no sin cierta arrogancia, el título de mártires⁶.

Para los donatistas en la Iglesia sólo puede haber santos, pues los pecados de los malos contaminarían a los demás miembros del cuerpo. Esto les hace caer en un rigorismo excesivo que les lleva a rebautizar a quienes han recibido el bautismo fuera de su Iglesia y a reconsagrar los edificios de culto y altares utilizados por los *traditores*⁷.

³ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 99, 12.

⁴ SAN AGUSTÍN, *Carta* 185, 11, 50. En esto se basará también su doctrina de la posibilidad de una recepción válida pero infructuosa de los sacramentos.

⁵ *Breviculus conlationes cum donatistas* 3, 13.22.

⁶ Cfr. SAN AGUSTÍN, *Cartas* 185,2,11; 88, 8-9; 204,4-5.

⁷ Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 108,5,14.

Por otra parte, la Iglesia es, ante todo, el clero. Los sacerdotes serían, no sólo los mediadores entre Dios y los hombres, sino la fuente de la vida de santidad de sus fieles. De hecho, exigen la pureza del ministro para que efectivamente transmita la fe y no la culpa⁸. Los obispos y sacerdotes estarían constituidos en guardianes de la pureza de la fe de los creyentes.

Ellos reprocharán a los católicos el ser completamente malos, mientras que ellos serían puros. Petiliano, obispo donatista, los acusará diciendo que obran diariamente el mal porque, según su particular interpretación de la Escritura, el pecado de los malos contaminaría al resto de la Iglesia: “¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? Purificaos de la levadura vieja, para ser masa nueva; pues sois ázimos” (1 Cor 5, 6b-7a). Así, los donatistas exigían la separación de los pecadores de la comunidad eclesial, acusando a los católicos de que ser todos culpables pues nadie entre los católicos era condenado como reo. Este elemento será decisivo para entender correctamente las controversias en torno a la teología sacramental de los donatistas, pues parece haber una diferente comprensión de pureza y de pecado entre ellos y los católicos como Agustín y Optato de Milievi⁹.

Los donatistas se aplican a sí mismos la doctrina paulina de Ef. 5, 25b-27: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada.” Pero, según ellos, se trata una santidad que está realizada en plenitud ya ahora: La Iglesia es o toda santa o toda impura. Una pretensión que Agustín refiere:

“[Parminiano] cita al profeta Jeremías tratando de convencer a los hombres ciegos de que la Iglesia donatista no sólo es la verdadera, sino que es ya desde ahora como será la Iglesia santa después de la limpia definitiva”¹⁰.

⁸ Cf. SAN AGUSTÍN, *Réplica contra las cartas de Petiliano* 1,4 y 5. Sin embargo, como es costumbre entre los donatistas, el término *pureza* es ambiguo. En adelante se citará como *c.litt.Petil.*

⁹ Los donatistas pretenden ser santos, trigo limpio, y sin embargo, Agustín les echa en cara los desórdenes de los guerrilleros, del obispo Optato de Tagaudi y sus imitadores, de las tropas borrachas, mujeres lascivas, etc. cf. *Contra la carta de Parminiano*. 3,3,18. (citada en adelante como *c.Ep Parm.*)

¹⁰ *c.Ep Parm.* 3,3,17.

Para ser coherentes con esta doctrina, los donatistas eliminan la tensión escatológica propia de la Iglesia en el tiempo, en la que conviven el trigo y la cizaña, buenos y malos, y en el que ésta debe identificarse con el misterio pascual de Cristo.

San Agustín se apoyará en los argumentos de Ticonio, un teólogo de la secta, laico y excelente biblista que fue excomulgado por los donatistas por su doctrina, para acusar a sus rivales de adelantar al momento presente el juicio escatológico que separará a buenos y malos; de querer disgregar el cuerpo de Cristo, mientras la verdadera Iglesia intenta reunir los miembros dispersos de Cristo¹¹.

3. Un concepto particular de catolicidad

San Agustín acusará a los donatistas de ser sectarios y cismáticos. Los donatistas devolverán la acusación a los católicos. Nuevamente, nos encontramos ante términos que cada uno de los grupos interpretará a su manera.

El donatismo es un fenómeno africano. Incluso algunos autores lo interpretan como una reacción de la Iglesia de esa provincia en contra de una Iglesia romana aliada al imperio. Pero, más allá de análisis sociológicos, es interesante la crítica que san Agustín hace a los donatistas de creerse católicos al separarse de la comunión con las Iglesias en otras provincias del orbe en su carta a Vicente, obispo cismático:

“Te parece que has dicho algo muy agudo cuando interpretas que el nombre de Católica no significa una comunión universal, sino la observación de todos los divinos preceptos y de todos los sacramentos. Aunque la Iglesia se llamase Católica porque retiene toda la verdad, mientras que las diversas herejías retienen una sola parte de esa verdad, ¿quién te ha dicho que nos apoyamos en ese nombre de Católica para demostrar que la Iglesia está extendida por todas las naciones, y no la promesa de Dios [...]?”¹²

Y en la réplica a la carta de Parminiano, Agustín le echará en cara la soberbia de los donatistas que los lleva a romper la unidad de la Iglesia:

¹¹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 93, 9, 31.

¹² SAN AGUSTÍN, *Carta* 93, 7, 23.

“¿O acaso los tres [Mayorino, Donato y Parminiano], como los tres dientes de un biello puesto en manos del Señor, han servido para hacer limpia la cosecha del mundo entero; y el África ha sido elegida para colocar ahí el montón del trigo limpio, mientras el resto es paja ya separada que cubre la tierra entera?”¹³

Los donatistas justificaban su cisma apoyándose en la doctrina del mártir san Cipriano. San Agustín responderá con la autoridad de la Sagrada Escritura, que es superior a cualquier escrito del más ilustre obispo, en la que se recoge el mandato de Cristo predicar “en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén” (Lc. 24, 47) y la intención de Cristo de que su Iglesia se difunda por toda la tierra.

Pero el argumento más fuerte echa en cara a los donatistas el que se hayan separado de la Iglesia que está en el orbe entero para así custodiar su santidad y pureza.

“Supongamos [...] que algunos hallan motivo bastante justo para separar su comunión de la comunión del orbe entero. Supongamos que se llaman Iglesia de Cristo después de separarse de la comunión de todos los pueblos. ¿Cómo sabéis que en la sociedad cristiana, tan difundida por doquier, no hubo una justa y lejana separación antes de la vuestra? Quizá por ser antigua no pudo llegar hasta vosotros la fama de su justicia. ¿Por qué ha de estar la Iglesia entre vosotros, más bien que entre aquellos que quizás se separaron antes?”¹⁴.

Agustín concluye el argumento diciendo que la posición donatista es problemática, pues para demostrar su propia legitimidad se basan, no en la afirmación divina, sino en la propia. Por otra parte, la Iglesia no puede ser representada por un exiguo grupo de disidentes que desea mantenerse reducido porque “entre pocos es más frecuente la verdad, mientras que es propio de muchos errar”.¹⁵ Por lo demás, en muchos lugares no se había oído hablar de la secta de Donato, ni los donatistas saben si otro grupo se ha separado de la comunión con todas las demás naciones antes que ellos para escapar el diluvio de este mundo y mantener la pureza de la fe. Es decir, si se sigue su doctrina, no se puede saber con certeza en dónde se encuentra la verdadera Iglesia¹⁶.

¹³ *C. Ep. Parm.* 3, 3, 18.

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *Carta* 93,8,25.

¹⁵ *C. Cresc.* 3,66. Traducción nuestra.

¹⁶ Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 93, 8, 27 – 9,28.

II. Consecuencias de la eclesiología donatista en su teología sacramental

Antes de proceder a analizar las causas por las que los donatistas negaban la validez de los sacramentos de otras Iglesias, conviene tener presente que hemos hurgado las raíces de la eclesiología donatista convencidos de que existe un nexo lógico entre las tesis sobre la Iglesia y las tesis de teología sacramental.

1. El problema de la santidad del ministro

Los donatistas exigían que un católico que pasara a sus filas volviera a recibir el bautismo. Esto lo hacían además, convencidos de estar respaldados por las enseñanzas de Tertuliano y de san Cipriano. Arrojan la Eucaristía católica a los perros, quemaban el crisma. En el fondo, éstas eran manifestaciones de su creencia en que los sacramentos administrados por un ministro indigno no eran válidos. Los católicos les reprocharán el hacer depender el valor santificante de los sacramentos de un hombre y de su condición moral¹⁷.

Sin embargo, convendría aclarar el significado de «indigno». Por ello convendría citar dos afirmaciones hechas por los obispos cismáticos después de la conferencia de 411: “Nosotros, que defendemos la pureza de la Iglesia” y “Mostramos con las Escrituras divinas que la iglesia será santa e inmaculada y, por todas partes, anunciada”¹⁸.

San Agustín, y también el donatista Ticonio, más inclinados a la reflexión personal, ponen el acento en *pureza e inmaculada*. En la mente de los donatistas el acento debería ponerse más bien en el término *Iglesia*. Nuevamente nos encontramos aquí con terminología ambigua.

No olvidemos que los donatistas se presentaban a sí mismos como Iglesia santa y de santos. Pero de hecho entre ellos abundaban los pecadores. Incluso aceptaban fácilmente en sus filas y presentaban como regenerados a pecadores católicos que sus obispos reprimían enérgicamente¹⁹.

¹⁷ Y no sin razón, pues Petiliano diría en su correspondencia “El origen, raíz y cabeza del bautizado no es sino el que bautiza” *c. litt Pet.* 3, 52, 64. Aunque luego, referido en el mismo pasaje, reconociera que es Cristo origen, raíz y cabeza del bautizado.

¹⁸ *Carta de los obispos donatistas a Flavio Marcelo*, PL 43, 834.

¹⁹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 34, 1-2.

Para los donatistas, no todos los pecados destruían la virtud santificadora del ministro. Se trataba no tanto de ética personal sino más bien de pecados eclesiológicos: la herejía, el cisma, la apostasía, entregar los libros sagrados a la destrucción, etc. La santidad que exigían a los ministros para la validez del sacramento era la unión material con la Iglesia santa.

Para ellos sería imposible que un hombre pecador liberara y purificara de sus pecados a otro. Pero es indispensable, para que la praxis donatista sea coherente con su doctrina, que se refiera a este tipo de pecados eclesiológicos. Para ilustrarlo sirva de ejemplo que, según los donatistas, el bautismo de Judas no hubiera sido válido, mas no tanto por su pecado de traición, sino por haberse separado del colegio apostólico.

Ante la dificultad de un posible pecado oculto del ministro, Cresconio, un gramático donatista, dirá en defensa de Petiliano que, al no ser público el pecado, ni desaprobado el ministro por la Iglesia, el bautismo sería válido, porque el ministro sería puro en virtud de la pureza de ella y Dios mismo actuaría para santificar²⁰.

2. La Iglesia, verdadero sujeto de los sacramentos

Si se acepta el postulado de Iglesia-bautismo-salvación llegamos a la conclusión de que hay una única Iglesia. Si además lo interpretamos en clave donatista, entonces sólo esta única Iglesia —la de ellos— sería el lugar de la salvación y el marco de acción del Espíritu Santo. Siguiendo la misma lógica, los donatistas dedujeron que el único bautismo válido era el que se recibía en su Iglesia, y que precisamente de ella dependía la validez o no de cualquier acción sacramental.

El adagio nadie da lo que no tiene nos ilustra cuál es el núcleo central de esta herejía: la Iglesia, pueblo de santos, es el sujeto verdadero, inmediato y apto de la acción sacramental y santificante, y por ende de la salvación²¹. Los

²⁰ Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta* 105, 3, 12. San Agustín satiriza en esta misma carta esta postura diciendo que “si [el ministro] es malo y quien es bautizado no lo sabe, entonces Dios lo santifica. Si esto es verdad, entonces los hombres deberían optar el ser bautizados por malos desconocidos que por buenos conocidos, pues pueden ser santificados más por Dios que por los hombres: pero lejos de nosotros esta locura”.

²¹ Cf. CONGAR, Y., *Introduction générale*, in: *Oeuvres de Saint Augustin: Traités Anti-donatistes*, vol. 1 (28), Desclée de Brouwer, Brujas, 1963., p. 60.

católicos, al haber traicionado la pureza de la Iglesia al mezclarse con Ceciliano y los demás *traditores*, no pueden administrar válidamente los sacramentos y por eso deben ser rebautizados al hacerse donatistas. Es elocuente la aplicación que Cresconio hace del ya citado pasaje del Cantar de los cantares a este respecto:

“Si el jardín está cerrado, y la fuente sellada, ¿cómo podrá quien está fuera, separado del jardín, que es la Iglesia, y de la fuente, que es el bautismo, dar algo que él no tiene?”²²

Los donatistas no aceptan que el Señor resucitado pueda actuar para santificar a las almas fuera de una celebración sensible de la Iglesia. De hecho, Cristo en cierta forma sólo daría su beneplácito a la acción realizada por su Iglesia, como si tuviera atadas las manos a la acción sacramental. Petiliano no dudará en explicar el texto de san Pablo: “Yo planté, Apolo regó, mas fue Dios quien dio el crecimiento” (1 Cor 3,6) diciendo: “Yo hice al hombre catecúmeno de Cristo, Apolo lo bautizó y Dios confirmó lo que hicimos”²³.

San Agustín responderá que el verdadero autor de la acción sacramental es Cristo: “He aquí que Cristo santifica; he aquí que Cristo mismo lava en el lavabo del agua y la palabra, en donde se ve obrar corporalmente un ministro”²⁴ La gracia del bautismo proviene siempre de Dios, pues el sacramento es de Dios y el hombre no es más que un ministro.

Sostendrá, especialmente en el primer libro del *De Baptismo*, que tanto el bautismo de los católicos como el de los donatistas es válido, precisamente por ser bautismo de Cristo. Hará también una distinción entre la *comuni3n de los sacramentos*, que es la conformidad de la Iglesia a lo instituido por Cristo, y la *comuni3n de los santos*, que es el principio de la unidad de la Iglesia, congregada en la unidad y el Esp3ritu Santo. Basándose en esta distinción, impensable para los donatistas, san Agustín afirma que hay una sola Iglesia cat3lica, pero que hay comunidades, unidas a ella en mayor o menor medida, en la que se administran válidamente los sacramentos, aunque no se reciban con fruto, como es el caso, precisamente de los bautizados por el cisma de Donato.

²² C. *Cresc.* 4,63,77.

²³ C. *litt. Pet.* 3, 53, 65.

²⁴ SAN AGUSTÍN, *In Joannes Ev.* 5, 18; 6, 18.

Para ilustrar cómo reciben el bautismo aun quien está fuera de la Iglesia, utilizará el ejemplo de los hijos de los patriarcas, aplicado a la Iglesia madre:

“Esa Iglesia [donatista] está separada del vínculo de la caridad y de la paz, pero está unida en la unidad del bautismo. Hay una sola Iglesia, la única llamada Católica; y por lo que tiene como propio en las diversas comuniones separadas de su unidad, mediante ese elemento propio que tiene en ellas, es ella la que engendra, no son las otras. No es la separación de ellas la que engendra, sino lo que han conservado de la Católica; si dejan esto, ya no engendran. Ella es, pues, la que engendra en las Iglesias que retiene sus sacramentos; por eso puede llegar a nacer algo semejante en cualquier parte; aunque no todos los que engendran pretenezcan a la unidad, que es la que ha de salvar a las personas hasta el fin. [...] Si los donatistas continúan en su obstinación [...], cierto que habrían nacido, pero no pertenecían, mediante el vínculo de la paz y de la unidad, a la misma Iglesia de la que habían nacido. Es, pues, ella la que en su seno o en el de sus esclavas engendra hijos de los mismos sacramentos [...]. Con razón dice el Apóstol que todas estas cosas sucedieron a ellos en figura. Pero los que se dejan llevar de la soberbia y no se unen a su madre legítima, se asemejan a Ismael de quien se dijo: ‘Expulsa a esa esclava y a su hijo[...]’. En cambio, los que aman pacíficamente a la esposa legítima del padre, el que los ha engendrado legítimamente, se asemejan a los hijos de Jacob, que aunque hayan nacido de esclavas, reciben la misma herencia”²⁵.

¿Separar la cizaña y el trigo?

Después de recorrer modo sintético y no exhaustivo los elementos fundamentales de la eclesiología donatista y de su teología sacramental, tomando como fuente primaria los escritos antidonatistas y el epistolario de san Agustín, podemos hacernos una idea clara de la verdadera naturaleza de esta herejía.

Aunque la opinión popular sitúa la cuestión fundamental en la validez de los sacramentos administrados por ministros pecadores, hemos podido ilustrar que el problema es mucho más profundo.

Se trata sobre todo de una discusión sobre la naturaleza de la Iglesia y sobre el sujeto directo de la acción santificadora del Señor resucitado. Los donatistas dirán que éste es la Iglesia, de la que sólo se forma parte por una agregación

²⁵ SAN AGUSTÍN, *De Baptismo* 1, 13-15.

moral y jurídica, y fuera de la cual no hay acción sacramental válida. A esta luz, resulta claro que los ministros indignos serían sólo aquéllos que están fuera de la comunión con la Iglesia por pecados “eclesiológicos”.

En cierto sentido podemos considerar a esta herejía “tipo” de cismas futuros, pues es un intento práctico de unos cuantos de vivir en una Iglesia pura y santa, más aún, una Iglesia de santos, en la que la cizaña no tiene cabida. En el sucederse de los siglos han aparecido muchos grupos, que pretenden que la Iglesia ha traicionado a su Señor y por ello se desgajan de su cuerpo, para constituir lo que sería la verdadera Iglesia.

San Agustín recordará que es en el único bautismo en donde se configura la única Iglesia. Y utilizará precisamente en la carta 93 el ejemplo de la vida de san Cipriano, en quien los donatistas pretendían justificar su cisma, para hacerles ver que por encima de la pretendida pureza, está la unidad de la Iglesia y el vínculo de la caridad y que sólo al final de los tiempos el Señor, y no nosotros, separará la cizaña del trigo.